

Efesios 2:13-22

Reunión general. Pentecostés 9, 1994

Efesios 2:13-22 ¹³ Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo.

¹⁴ Porque él es nuestra paz, quien de ambos nos hizo uno. El derribó en su carne la barrera de división, es decir, la hostilidad; ¹⁵ y abolió la ley de los mandamientos formulados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos hombres un solo hombre nuevo, haciendo así la paz. ¹⁶ También reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando muerte en ella a la enemistad. ¹⁷ Y vino y anunció las buenas nuevas: paz para vosotros que estabais lejos y paz para los que estaban cerca, ¹⁸ ya que por medio de él, ambos tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu.

¹⁹ Por lo tanto, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. ²⁰ Habéis sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular. ²¹ En él todo el edificio, bien ensamblado, va creciendo hasta ser un templo santo en el Señor. ²² En él también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.
(RVA)

Hace no muchos años la ciudad de Berlín en Alemania estaba dividida por un gran muro, expresión de la hostilidad que existía entre los gobiernos de Alemania occidental y Alemania oriental o comunista. Fue más que un símbolo. Fue una barrera efectiva; los que querían pasar de oriente a occidente se morían, tirados por los podicías y guardias fronterizos. Era una situación que parecía que duraría buen tiempo todavía. Pero sucedió lo inesperado. Cayó el gobierno de oriente, y cayó el muro. Tal vez todos recordamos las escenas de júbilo en la ocasión de ese símbolo visible de la reunificación alemana, la caída del muro de Berlín.

Nuestro texto también habla de un muro, y habla de la hostilidad. Pero no habla de la hostilidad entre dos gobiernos, sino la hostilidad entre dos grandes clases de la humanidad, los judíos y los gentiles, y entre el hombre y Dios. Ese muro también cayó. Y esto debe ser mucho más para nosotros un motivo de júbilo y celebración que la caída del muro de Berlín para los alemanes. Pero nuestro texto contiene mucho más que esa destrucción. También hubo una gran obra de construcción. Se construye un grandioso nuevo templo de Dios. Cristo es tanto

el que derrumba aquí como el que construye. Queremos meditar esta mañana en **Cristo, su trabajo de derrumbar y su trabajo de edificar.**

Cristo derrumbó un muro. Nuestro texto dice: “Porque él es nuestra paz, quien de ambos nos hizo uno. El derribó en su carne la barrera de división, es decir, la hostilidad; y abolió la ley de los mandamientos formulados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos hombres un solo hombre nuevo, haciendo así la paz”.

El muro que Cristo derrumbó fue uno que Dios mismo había edificado, el muro que separaba entre judíos y gentiles. Después que la humanidad otra vez había abandonado a Dios y su promesa de enviar a un Salvador después del diluvio, y después de hacer un pacto de promesa con Abraham, Dios encontró necesario tratar con los descendientes de Abraham de una manera muy especial. Los disciplinó por largos años en Egipto. Después los sacó demostrando gran poder y los llevó al pie del Monte Sinaí. Allí les dio su ley en forma escrita. Estableció gran número de reglamentos que gobernaban cada aspecto de la vida de los judíos. Esa ley tenía varios propósitos, demostrar al pueblo su pecado y su necesidad de confiar en la promesa del Salvador, retratar por medio de todo el sistema del culto lo que el Salvador haría por los pecadores cuando viniera. Pero un propósito y resultado de la ley era también separar al pueblo de Israel de todas las demás naciones en la tierra como el pueblo especial de Dios. Cuando Israel se mantuvo con esa ley, ese fin fue logrado.

Durante el tiempo del Antiguo Testamento, el pueblo que tenía la ley tenía a Dios por su Dios. A través de las promesas y tipos y figuras de Cristo en la ley, muchos judíos fueron llevados al arrepentimiento y la fe en el Salvador venidero. Gozaban así de salvación.

Los gentiles, por otro lado, eran “sin Cristo, apartados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, estando sin esperanza y sin Dios en el mundo”. Es cierto que los profetas profetizaban que el Salvador vendría como el Salvador del mundo, y no solamente de Israel, pero las promesas eran hechas a Israel, mientras por lo general Dios abandonó a las naciones a la idolatría que ellos mismos habían escogido. Sólo Israel poseía las promesas. Fue entre ellos que predicaban los profetas. Y como siempre ha sido el caso que “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios”, los gentiles realmente estaban “sin esperanza y sin Dios en el mundo”. La única manera en que los gentiles podían participar en las promesas en ese tiempo era hacerse un prosélito o converso judío y someterse a la circuncisión y las ordenanzas para Israel.

Y los judíos eran conscientes de sus privilegios, tanto que con menosprecio llamaban a los gentiles la “incircuncisión” o “perros”. Los gentiles frecuentemente respondían con igual hostilidad a lo que veían como separatismo y altivez. Aunque en parte esto puede ser una expresión de mezquino nacionalismo de parte de unos y de otros, y puede haberse basado en una mala interpretación del verdadero significado de la ley, también existía una hostilidad con un fundamento mucho más fuerte. En su sentido verdadero ésta es la antigua hostilidad que siempre ha existido entre la simiente de la mujer, los creyentes, y la simiente de la serpiente, los incrédulos.

Pero ahora Dios mismo derrumbó por medio de Cristo ese muro de separación. Cristo “derribó en su carne la barrera de división, es decir, la hostilidad”. ¿Cómo lo hizo? Lo hizo en su propia carne. Cristo cumplió la ley. Los gentiles no la tenían. Los judíos no la podían cumplir. Así que las obras de la ley nunca tuvieron el poder de salvar a ellos tampoco. Pero ahora Cristo, el eterno Dios que se hizo hombre, cumplió él mismo todo lo que Dios exigía de los unos y los otros. La ley, ese muro de separación, que realmente no tenía otro propósito sino preparar el camino para Cristo, había perdido su razón de existir. Los judíos tenían que ser mantenidos separados hasta la venida de su Mesías prometido. Él ya vino, y cayó el muro. Cayó con la muerte de Cristo: “por la sangre de Cristo”, que obtuvo para judíos y gentiles al igual el perdón y la justificación delante de Dios.

Así “él es nuestra paz, quien de ambos nos hizo uno”. Hay ahora un pueblo de Dios en que judíos y gentiles pueden vivir en unidad, todos celebrando la victoria del mismo Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Ahora los judíos creyentes como Pedro y Pablo se regocijaban en el don gratuito de la justificación solamente por la fe en Jesús. “Nosotros somos judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles; pero sabiendo que ningún hombre es justificado por las obras de la ley, sino por medio de la fe en Jesucristo, hemos creído nosotros también en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley. Porque por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:15-16.) Y los gentiles tenían libre acceso ya a la presencia de Dios y su favor. “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo”. Así ya no hay dos pueblos hostiles, sino un pueblo de Dios, compuesto de judíos y gentiles, unidos en una iglesia cristiana, sin que nadie tenga mayor o menor privilegio ni acceso más fácil a Dios. “Así que, todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús, porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni

libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál. 3:26-28).

¿Pero cómo fue posible este fin de la hostilidad entre estas dos clases de hombres? Otra vez, la respuesta se radica en Cristo. Para hacer posible la reconciliación entre los hombres, primero tenía que quitar otra enemistad, la que existía entre el hombre y Dios. Los judíos que poseían la ley encontraban que al no poder cumplirla quedaban bajo la condenación de la ley. Condenaba a la muerte eterna a todo el que no cumplía hasta el último detalle con esa ley. Y los gentiles eran, como hemos oído, sin esperanza y sin Dios en el mundo, condenados por su propia conciencia y sin saber dónde encontrar un remedio, verdaderamente en una situación desesperada. “También reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando muerte en ella a la enemistad”. Jesús reconcilió a ambos con Dios. Dice Pablo que lo hizo por la cruz. Fue por su sacrificio en sustitución por los pecadores, una clase que incluía a judíos y a gentiles, que Jesús, pagando la deuda de los pecadores, ha eliminado la ira y la hostilidad de Dios contra toda la humanidad pecadora. Dios ya está en paz con judíos y gentiles por la reconciliación que hizo Cristo con su sangre. Y no hay dos caminos para participar de esta paz, sino uno solo. “Y vino y anunció las buenas nuevas: paz para vosotros que estabais lejos y paz para los que estaban cerca”. Por la predicación del evangelio, cuyo contenido esencial es la paz con Dios por medio de Jesucristo, tanto los que estaban lejos, los gentiles, y los que estaban cerca, los judíos, participan en y se gozan de la paz con Dios. Todos tienen el mismo acceso al Padre, por la obra del mismo Espíritu Santo que crea en el corazón de los oyentes la fe en Cristo que recibe su perdón. “Ya que por medio de él, ambos tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu”.

De este modo el mismo que derrumbó el muro de separación, la ley con sus ordenanzas y preceptos, ahora construye. Construye un magnífico edificio, la santa iglesia cristiana. “Habéis sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular”.

¡Qué firme es el fundamento de este edificio! Está edificado sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas. Por medio de estos dos Dios reveló su santa e infalible palabra. Cuando ponemos, luego, nuestra confianza en sus escritos, estamos oyendo la misma voz de Dios. “El que a vosotros oye, a mí me oye”. Cuando fundamos nuestra esperanza en las promesas escritas por los apóstoles y los profetas, ciertamente no tenemos que temer equivocarnos.

Y Jesucristo es la piedra del ángulo. En la arquitectura antigua la piedra del ángulo es la de que todo el edificio tomó forma.

Determinó sus ángulos y el alineamiento de las paredes. De la precisión de la piedra del ángulo dependía la armonía y la misma firmeza de la estructura. Así Cristo, como único Salvador, da forma a su iglesia. “Un solo fundamento, y solo un Salvador, la santa iglesia tiene en Cristo su Señor”.

“En él todo el edificio, bien ensamblado, va creciendo hasta ser un templo santo en el Señor”. La iglesia es un proyecto de construcción todavía en proceso. Mientras sigue saliendo el evangelio de la paz, las buenas noticias de la reconciliación del hombre y Dios por la muerte de Cristo en la cruz, hay y habrá personas, judíos y gentiles, que crearán el mensaje, y serán colocados como piedras vivas en este magnífico edificio.

“En él también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. También vosotros. ¡Que benditas palabras! Cada uno de nosotros, por la fe en Cristo, ha sido colocado en este edificio. Estábamos nosotros los gentiles sin esperanza y sin Dios en el mundo hasta que alguien nos comunicó el evangelio y el Espíritu Santo nos llevó a la fe. Ahora formamos parte del templo de Dios. O, para utilizar las otras imágenes de nuestro texto: “ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”. Tenemos plena ciudadanía ya en el pueblo de Dios.

Pero esto al mismo tiempo debe hacernos reflexionar. Cada uno de nosotros estamos unidos en **un** templo. Dios ha hecho de los dos pueblos uno. **Pero no nos ha hecho uniformes**. Cada uno preserva su propia personalidad, cada uno tiene sus particulares dones y talentos. Cada uno somos necesarios para formar este gran templo santo del Señor que se verá en toda su gloria en el día final.

Hubo un carpintero en mi pueblo que viajaba con su esposa por todo el país. A través de los años recogía piedras que le parecían interesantes por su color y su forma de todas partes del país. Con el tiempo formó una colección que para él era muy especial. En el patio de su casa utilizaba esas piedras para proyectos especiales, como un lugar donde los pájaros podían bañarse, etc. Lo visité un día, y me decía que esta piedra era de esta parte, que otro lo había recogido en Arizona en un viaje allí. Cada piedra tenía su historia. Cada una era preciosa para él por los recuerdos que le daban.

Así también con la iglesia de Dios. Cada uno somos diferentes. Inclusive, en este mundo, cada uno todavía tenemos nuestras debilidades y pecados. Pero Dios ve a cada uno, en toda su

individualidad, mirándolo a través de Cristo, y lo ama. Ha colocado a cada uno en su templo, y yo no puedo ser el edificio solo, y Pablo no podía ser el edificio solo, ni tú tampoco. Si realmente pensamos seriamente en lo que costó a Dios colocarme a mí, colocarte a ti en este edificio, ¿será todavía posible mantener los roces y las fricciones que tan a menudo vemos en nuestras congregaciones? Si otro haya pecado, ¿son realmente diferentes de nosotros? ¿O pensaremos que nosotros debemos estar en la iglesia y obtener la salvación por algunas buenas calidades nuestras? ¿Olvidaremos lo que dice nuestro texto, que “Por medio de él, ambos tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu”? Seguramente si buscamos otro acceso privilegiado, y no el acceso de un pecador perdonado solamente por Jesucristo, nos hemos apartado del fundamento de los apóstoles y profetas, y seguramente no estamos tomando nuestra forma de Jesucristo, la piedra del ángulo. ¿No será que nosotros hemos perdido nuestro lugar en el templo santo de Dios? Si Cristo murió para que cada uno fuéramos colocados en su templo para la salvación, si quitó la hostilidad entre judíos y gentiles, ¿puedo yo estar contento con ir solo al cielo, de modo que margine a otros por quienes Cristo igualmente murió, pensando que yo estoy allí por derecho, mientras el otro muy apenas por concesión o privilegio especial entrará? Si un hermano haya pecado y ofendido, busquemos con verdadero amor, en el espíritu de Cristo, restaurar a tal persona, llevándolo a reconocer su pecado y al hacerlo, asegúradole otra vez el perdón y recibéndolo con los brazos abiertos. ¿No es éste el espíritu cristiano, y no la manera dura de los fariseos que no soportaban que Cristo comiera con los cobradores de impuestos y prostitutas arrepentidos? No son ellos los pecadores que debemos excluir de la iglesia, sino solamente los pecadores impenitentes. Nosotros, los cristianos gentiles, que somos incorporados en la iglesia sin ningún reclamo a derecho, sino solamente por la misericordia de Dios, debemos luego distinguirnos por la misericordia unos a otros. Arrepintámonos de estas actitudes poco amorosas. En humildad busquemos nosotros mismos el perdón de Cristo otra vez. Fuera toda enemistad y hostilidad. Celebremos más bien en unión y fraternidad la inexpressible gracia de Dios de incorporarnos a todos nosotros, igualmente pecadores, en lo que finalmente será purificado por él mismo y revelado por toda la eternidad, como su templo santo, su propia morada. Amén.